

Doris Dana en el país de la Mistral

La relación de la poetisa con Chile siempre fue un permanente desencuentro.

CECILIA GARCÍA HUIDOBRO MCA

Editora de Revista de Libros de "El Mercurio"
Decana de la Facultad de Comunicación y Letras
de la Universidad Diego Portales

Doris Dana tenía muchísima desconfianza con todo lo que olería a Chile. Razones no le faltaron. Incluso antes que el gobierno chileno desconociera olímpicamente sus derechos como albacea de Gabriela Mistral en 1979, ya había tenido algunas experiencias conflictivas con autoridades nacionales. Sin embargo, en el principio de esta antipatía estaba la mismísima Gabriela. Su relación con nuestro país fue un permanente desencuentro. Con toda seguridad, eso debe habérselo transmitido a su amiga. Y a quien la quisiera oír, probablemente. A Ester de Cáceres, en una carta escrita en 1955, le cuenta de una visita al Presidente Carlos Ibáñez. "Me acompañaba Doris Dana, profesora americana, excelente cuentista y de trato muy grato. Encantó a mi hijo: se 'prendió' de ella. Con lo cual no piensa en echarme de nuevo. Le contesté 'ahora no'. Alonzo es muy listo y le dije: ¿por qué ahora no y antes sí? —(Porque... un país... no sé cómo se llama... le dió un premio... ¿cómo se llama? Así pues, querida, yo tengo ahora paz. Si Doris fuese fea, yo estaría ya de patitas en la calle y si no existiese Sueta, también".

Frente a ese sarcasmo, ¿es necesario agregar algo más?

Al parecer, durante toda su vida, Ga-

biela Mistral sintió que su familia, su valle del Elqui primero y Chile después, la habían puesto de patitas en la calle obligada a peregrinar en busca de una paz que le era esquiva. Y así lo hizo. Cuando muere en la madrugada del 10 de enero de 1957 en el hospital de Nueva York, hacía más de treinta años que no vivía aquí. Es verdad que en el año 1954 llegó en la motonave Santa María y multitudes con todo tipo de fanfarrias la aplaudieron en numerosos puertos: en Arica, Antofagasta, Chañaral, Coquimbo, saludaban a una envejecida Mistral rodeada de niñas con orejitas floridas y bríos para declamar "Pájaros de niño...". La visita anterior había sido en 1938 y en esa oportunidad llegó por Bariloche, pues quería acercarse a la raza a través de la húmeda tierra del sur. Los dos viajes terminaron irremediablemente en Santiago, ciudad que consideraba pretenciosa, igual que los mismos chilenos. Su natural desasosiego la hacía desconfiar de todos. Durante ese viaje declaró en una entrevista a la revista "Ércila": "Ahora estoy cerca y todos me quieren. Pero estando lejos nadie se preocupa de una, salvo para calumniarla".

Así, las pocas estadías y las largas ausencias alimentaron por igual su malestar. "Cosas muy malas han dicho de mí en aquel país que Dios me dio por patria. A ciertos compatriotas les falta atribuirme un asesinato", se quejó Gabriela Mistral en una oportunidad.

Pese a todo, y ahí está su desgarradora contradicción, nada conseguía que despe-

gar los ojos de Chile. "Hay paisanos míos que no lo comprenden", decía, "pero aunque esté lejos siempre estoy dentro de Chile y de mi América". Acaso una infancia desdichada o las dificultades a las que se vio enfrentada, la llevaron a construir una memoria quisquillosa. Según Alonzo, "concluí por expulsar de su recinto consciente los recuerdos agradables, cuanto significaba benevolencia de los demás hacia ella, mientras retenía fielmente, íbamos a decir, ferozmente, los golpes, los insultos, los ataques, las conspiraciones y la insidia, muchas veces supuestos, de que la hacían víctima".

Adelantada a su tiempo en tantas cosas, siempre se sintió demasiado expuesta. Se refugió, casi dije se inventó, en la palabra, la que cultivaba en la buena conversación, en cartas que escribió de modo compulsivo durante toda su vida (se estima que existen más de tres mil cartas firmadas por Gabriela Mistral), y por supuesto a través de la escritura poética que componía sobre sus rodillas, jamás en un escritorio, y que después corregía interminablemente. Como subrayó Doris Dana en el prólogo de "Poema de Chile", escribir para ella no fue un afán literario, sino una necesidad vital.

La escritura le permitió además construirse un país a punta de palabras. Con lucidez, pero también con tintas cargadas, elaboró una geografía, recuerdos y paisajes a su medida en los que habitaba estuviera donde estuviera. Esa fue la patria real de Gabriela Mistral. Y ese el Chile que verdaderamente conoció Doris Dana.

El Mercurio 14.1.07 A2

Doris Dana en el país de la Mistral [artículo] Cecilia García Huidobro Mca.

Libros y documentos

AUTORÍA

García-Huidobro, Cecilia

FECHA DE PUBLICACIÓN

2007

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Doris Dana en el país de la Mistral [artículo] Cecilia García Huidobro Mca.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile